

vida del Continente, confundiendo estos pueblos integrantes de dos razas para salvar el interés supremo de la democracia, de la integridad americanas. En esta última semana la actitud del Presidente Prado ha puesto corolario brillante a las magníficas admoniciones de Welles, de Aranha, de Padilla, de Guani, siendo digna de relieves la colaboración de nuestra Embajador en Río de Janeiro, don Jorge Prado, al lado de los esfuerzos para salvar el impasse de la Conferencia. El examen de conciencia de esta nueva reunión consultiva no dejaba resquicios para proceder de inmediato, y América, el pueblo americano íntegro, esperaba que los hombres que tienen la enorme responsabilidad de gobernar y de guiar en nuestras jóvenes naciones, proclamasen todos ante el orbe entero su resolución de cumplir las aspiraciones generales, en el gran frente continental, con una acción enérgica que no dejara lugar a dudas sobre lo que las 21 naciones tienen que hacer de inmediato en su legítima defensa. La falta de uniformidad en los procedimientos, en las decisiones resultantes del acuerdo de Río, necesita ser remediada ahora mismo adoptando los gobiernos que no han roto todavía sus relaciones diplomáticas con el Eje, una posición igual a la de todos los demás. Si no lo hacen y todavía vacilan y dudan, qué se podrá pensar sino que se encuentran ya presos de las maniobras totalitarias si es que el oro de éstos no ha contribuido en mucho a paralizar actitudes que serán fatales para ellos, pero que perjudican inevitablemente los planes de la defensa colectiva y unánime y, sobre todo, comprometen

• COMPRE SUS MUEBLES EN LA  
Mueblería EL HOGAR,  
Situada 200 vrs. al Este de la Iglesia del Carmen.  
Apartado 1384 — Teléfono 3339

el prestigio de América. Es la hora de definirse, pues, y esperamos que se definirán porque, como está ya con acierto dicho: "la defensa de la democracia tiene sentido solamente cuando un pueblo consciente y libre se dispone a blindarla con la fe pública", que en este caso ha sido la proclamación de la existencia de una unidad de acción como la que fué suscrita en la Habana, proclamación que no podría ser violada con sofismas ni evasivas porque esto conspira contra la total eficacia de la solidaridad continental.

América no puede traicionar su destino. Tiene que definirse conjuntamente y la ruptura de las relaciones con el Eje debe ser un paso colectivo, unánime, paso íntegramente americano o es que las nacionalidades que se niegan a reconocer esta evidencia han sido ya capturadas por el enemigo común, lo que sería tremendamente más grave para América y para el mundo.

deración. ¡Qué hallazgo poético, humano, amoroso, celeste, encontrar un mundo en continua "metamorfosis de vida y muerte", como el que, pesados, descubre Juan Ramón! Pero los ojos de europeo se nublan —lágrimas o demasiada antigüedad histórica— ante el espectáculo, clamando por el "necesario despejo definitivo" y el paso a "la abierta luz mejor", en contra del "amontonamiento caótico", lo "prehistórico" y la "sombra turbulenta y cerrada". Extraña, sí, impresiona, esta idea rígida, del español al que todavía no queremos y que venía con la alabarda y la cruz, y con el que se reúne, lamentándolo primero nosotros, el gran poeta. ¿Por qué lo "definitivo", aun tratándose de un "despejo", si el caminar, si el ser siempre transcurriendo, purifica, eleva, sacude? El prurito de cosas definitivas más que sentido de la perfección indica agotamiento, cansancio final. Para los que creen en Dios ni Dios mismo debe ser definitivo. ¿De dónde, entonces, esta muerte, esta consternación ante el mundo? Porque Juan Ramón ha indicado, no una simple diferencia entre su poesía y la de Neruda, sino el problema mismo de Europa, de la tradición europea, de la sensibilidad europea, frente a un hecho "nuevo" donde hay otras cosas, otros materiales, primitivos, misteriosos, antiguos, con voz, sin nombre, sin Champollion que los bautice.

### Un juicio de Juan Ramón Jiménez

## América sombría

Es un recorte.—Enjío del autor. De *El Popular*, México, D. F., 13 de marzo, 1942).

Despierta siempre entre nosotros interés profundo, y, sin duda, inquietud también, el que un hombre extranjero a nuestra América, o con mayor precisión, a la sensibilidad americana que principia en el Río Bravo y llega hasta ciertas partes del Sur —se puede excluir, de intento, a la Argentina—, apunte juicios sobre esa misma sensibilidad y los cursos de su desarrollo, su situación, etc. Waldo Frank nos ha conmovido por su cariñosa actitud, y por el esfuerzo, lleno de bondad, que ha puesto para comprendernos, falseando un poco nuestra fisonomía, a lo lírico, para mejorarnos, indulgencia de cordero de dios que perdona los pecados del mundo. Se le agradece a Waldo Frank la buena intención, pero no puede aceptarsele honradamente. David H. Lawrence, por su parte, nos irrita, nos lastima, hiriendo a veces con su arrogancia mentirosa de supercivilizado. Empero, Lawrence ha tenido su utilidad, pues cuando acierta, las verdades que dice nos pertenecen y descubren, nos hacen pensar en nosotros mismos y meditar, acaso fecundamente. Pero si Ortega y Gasset pide a los alemanes un Goethe "desde dentro", ya nos está dejando a nosotros el derecho de pedir una América "desde dentro" a quienes la juzgan o pretenden juzgarla desde fuera, desde sus ideas o su país o su tradición. Es decir, pedimos una América no figurada, no deformada, no en la paz de la perspectiva sino en la guerra de lo que la rodea, de lo que la hace. Ha tocado hoy a Juan Ramón Jiménez poner el dedo sobre los temas de América, a propósito de una poesía que él mismo juzga

como auténticamente americana: la de Pablo Neruda. Y si hemos hablado de "extranjeros" a nuestra sensibilidad y sale al debate Juan Ramón Jiménez, no es un hecho fortuito, pues el propio Juan Ramón se confiesa como incapaz de saber sentir, cuando menos, esa "parte considerable de Hispanoamérica" que representa la poesía de Pablo Neruda.

Sitúa Juan Ramón Jiménez a Neruda como el que expresa "con tanteo exuberante, una poesía hispanoamericana general auténtica, con toda la revolución natural y la metamorfosis de vida y muerte de este Continente". Dejemos de lado lo que se refiere al "tanteo", que es un juicio, siempre discutible, sobre el propio Neruda como trabajador poético y no como expresión y fenómeno. Lo que interesa aquí es el punto al que ha podido llegar Juan Ramón Jiménez —él lo dice: después de una larga estancia en las Américas que le "ha hecho ver de otro modo muchas cosas" — cuando descubre que en nuestro Continente hay una "revolución natural" y una "metamorfosis de vida y muerte". Afirmación certera, exacta, que si la misma América no ha confesado, por timidez, por inhibición, por lo humillada y lo triste, la ha sentido toda su vida, sin que Europa se inquietara o preocupara jamás. Hay en efecto, ese estado angustioso, terrible, fecundo y envidiable en América. "Yo deploro —dice Juan Ramón— que tal grado poético de una parte considerable de Hispanoamérica sea así", y su consuelo es darlo como evidencia, como algo que, a pesar de todo existe, "es". Extraña el lamento de Juan Ramón Jiménez, su desconsi-

Nos agrada la sorpresa europea ante América, y nos seguirán agradando las muchas y futuras sorpresas que esperan todavía. Ha sido preciso la guerra, el desastre, la quiebra, para que Europa, monumental, engreída, espesa de cultura, pesada de tradiciones, vuelva su mirada hacia nosotros y juzgue al hombre. Sí, Neruda es "anterior, prehistórico y turbulento, cerrado y sombrío" porque América es eso y muchas otras cosas más. Juan Ramón Jiménez, con su clarividencia poética, con su capacidad extraordinaria para entender, no podía menos que señalar connotaciones verdaderas, y la prehistoria, y el caos, son nuestros y nos corren por las venas. Lo que distancia a Juan Ramón de América es su protesta, el no querer aceptar esto de América como válido. ¿Por qué, en su tiempo, nadie, en Europa, rechazó en Darío lo mismo? Pues porque Darío era americano a medias, tenía una vida, una pasión americanas mientras su poesía no lo era. Ahora tendremos que hacerlo nosotros, a medida que escarbemos en nuestra América, y que Darío, por contraste, vaya apareciendo, se delimita, se sitúa y pueda verse por qué Juan Ramón Jiménez no lo deploró nunca como hoy deplora a Neruda. Neruda no necesita que se le defiendan, pero América sí necesita defender su sensibilidad, su estado. Lástima grande que Juan Ramón Jiménez no conozca México, y, no haya visto los muros originales de Clemente Orozco, de Siqueiros, la pintura de los jóvenes, y el dolor primitivo, prehistórico, de nuestros danzantes. Deploraría el odio, el resentimiento, las lágrimas, el caos,